

VIDA y MUERTE

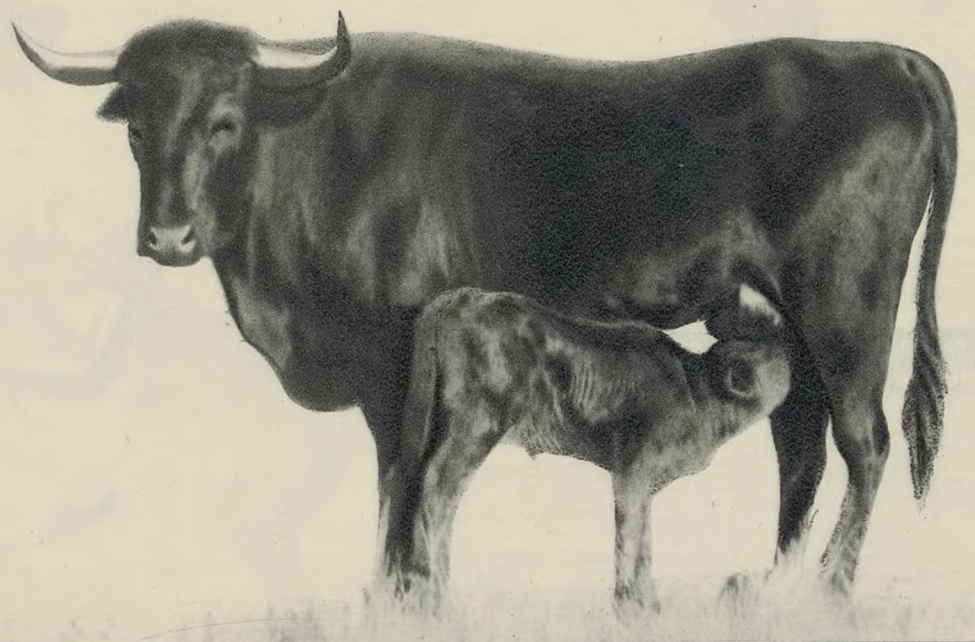
del TORO de ISIDIA

SE puede afirmar que el toro es el animal más noble de la creación, ya que a su valentía y poder ingénitos une ese atributo de nobleza que no le doblega al miedo, aunque sucumba al engaño. Un viejo poeta del lejano Oriente le ha llamado el «digno bruto». Y en efecto, todo es digno en el toro: su prestancia, su empuje, su retozar en la recencia y su gravedad en la madurez. El pueblo español le ha elegido como símbolo y víctima de su más brava y hermosa fiesta, y con cálido instinto multitudinoso le honra y sacrifica en un holocausto espectacular que preside el sol ibérico, sobre un enorme anillo de colores y voces, como una exaltación de luminosas mitologías. Y fué este toro de Iberia —«rey y señor de los verdes prados»— el que en días remotos llevaron los conquistadores a las tierras del Nuevo Mundo, primero con ánimo de defensa y ayuda, después como semental para perpetuar en el fraterno suelo colombino el bello juego de oros y sangre, valor y arrogancia, que constituye la gran función hispana.

Pero, generalmente, se mira y estudia al toro en su relación con la destreza del torero, no en los avatares desde su cuna —desde el campo—, y es aquí, en este aspecto, donde reside el propósito que va a guiar ahora nuestra pluma, ya que la materia a tratar es por sí misma sobrado interesante.

El toro nace, por lo regular, durante el invierno. La vaca atiende a su retoño con la mayor dulzura y diligencia, le da pródigamente la leche de sus ubres, y vela su crianza y primer desarrollo con solícito instinto. Cuando se inician los días primaverales, el choto alterna la nutrición con la de algunas porciones de hierba. A medida que crece, demuestra las primicias de su desarrollo con retozona alegría, mostrándose valeroso y acometedor desde que apenas puede sostenerse. Ya apuntan en él sus atributos de braveza, sus cualidades de ímpetu, a la vez que el brote de sus astas: dos tiernos cuernecillos de blancura casi lechosa.

Permanece al abrigo de la vaca madre hasta poco antes de cumplir el año, y entonces se le aparta de ella para someterle a las operaciones de



1 La vaca atiende a su retoño con la mayor diligencia.
2 Los chotos esperan el bautismo de la sangre y el fuego.



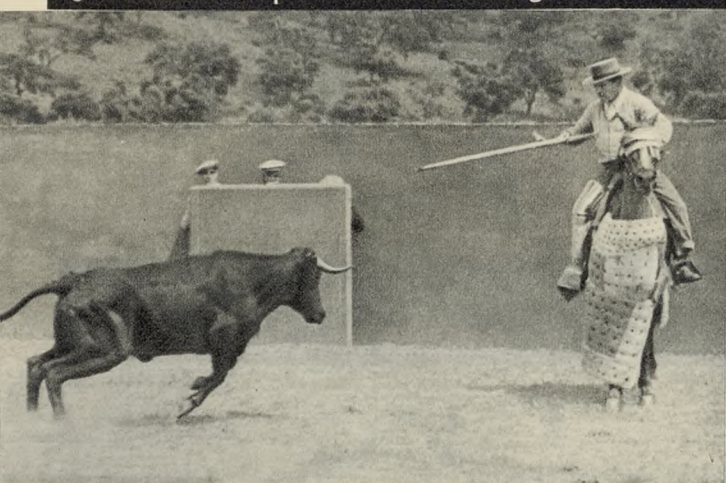
3 Herrando y señalando con fuego al becerrete.



4 La marca de la ganadería queda impresa sobre la piel del bicho.



5 Ya es un «eral», que muestra su juventud.
6 Tienta en la plaza o corral de la ganadería.



7 La tienta por acoso tiene un sabor campero y de rito bravío.

señal de oreja, marca de la ganadería y número que le corresponde; esto no sin que previamente se le haya dado nombre, que suele ser un derivado del que se aplicó a uno de sus progenitores, con más frecuencia el que distingue a la madre. Luego, apartado junto a sus hermanos en un corralillo, bajo la dirección del amo y del mayoral, que toman nota de las operaciones en sendos cuadernos breves, los vaqueros prenden por una pata, con lazo corredizo, al becerro en cuestión. Éste lucha, trata vanamente por soltarse de la cuerda que sostienen sus aprehensores, y llevado a otro corral paredaño del primero, se le derriba e inmoviliza, practicándole el corte y señal orejiles y señalando en su nalga derecha con hierro al rojo la marca de la ganadería, y en el costillar de igual lado el número que le corresponde, datos que después pasan al libro registro.

Devuelto al cuidado de la vaca madre, ésta le recibe solícita y lame sus heridas; pero la devolución dura poco tiempo, porque antes de ser «añojos», o sea de un año cumplido, se retira nuevamente al becerro de su fecundadora, y apartado con los iguales de la camada llega hasta cumplir los dos años. Ya es un «eral» espigadillo, que muestra la arrogancia de su juventud.

Se acerca la hora de la prueba, el momento de saber qué destino le espera al torete, lo cual apréciase en la tienta, cuya práctica da la pauta para considerar la bravura y nobleza de la res.

La tienta se hace de dos maneras, en corral y por acoso. Desde luego, no es corriente en el día someter a los machos a estos trances, porque hay quien estima, como ya hemos advertido en anteriores trabajos, «que puyazo recibido en la tienta es una vara menos que el animal toma en el ruedo». Pero no faltan, por fortuna, criadores de reses bravas que piensan de modo contrario, y, a nuestro juicio, su opinión les hace acreedores al mejor elogio. Quede así consignado nuevamente en estas líneas, ya que más de una vez lo hemos dicho.

Verificada la separación de los erales, entran uno a uno en el corral. Arrimado a la tapia y portando la pica, en sitio opuesto a la querencia del torillo, aguarda su arremetida el tentador, entre la expectación y el silencio de los asistentes, y mientras el auxiliar se disimula tras un burladero, en espera a que su intervención se haga precisa. Divisado el caballo por la res, ésta se lanza sobre aquél con impetuoso arranque, estrellando la cabeza en el peto y moviendo la cabalgadura. Entonces, la puya del tentador se clava en el naciente morrillo táurico, y no tarda en aparecer el auxiliador, a cuerpo limpio, para apartar al becerro, que recarga codicioso contra el jaco. Castigado siempre por el piquero se repite una y más veces la acometida, y cuando el ganadero pronuncia la palabra de ritual —«¡Puerta!»— se da fin a estos encuentros de probatura. En vista de ellos se hace la clasificación del bicho por el criador: superior, bueno, malo o regular.

La tienta por acoso es campera. La libertad de espacio se conjuga con la libertad del noble bruto, y tiene un sabor de rito bravío, de espectacular algarada, con la grandeza primitiva de los rudos tiempos hazañosos. Veamos.

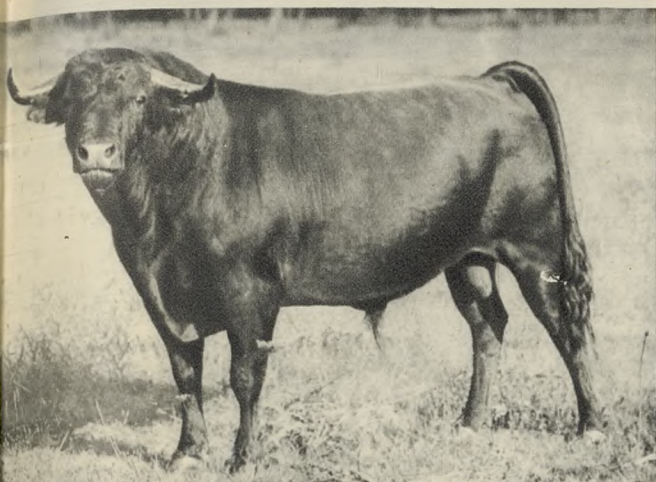
Preparadas varias parejas de jinetes y el que haya de actuar como piquero o tentador, marcha una de aquéllas al sitio donde campea el ganado. Separan al becerro que va a ser sometido a prueba y van alejándole de la vacada, hasta que el animal, bajo el acoso, se asusta y corre, siendo perseguido en su huida por la pareja de jinetes —«o collera»—, y cuando le alcanza, el garrochista adelanta el cuerpo asestándole la punta de la garrocha sobre los cuartos traseros o la penca del rabo, con tal fuerza, que le derriba. En tanto, el otro jinete sirve de protección a su compañero e impide el escape del bicho, cortándole los intentos que hace en este sentido. Si como sucede regularmente, el becerro vuelve a tomar la huida cuando logra



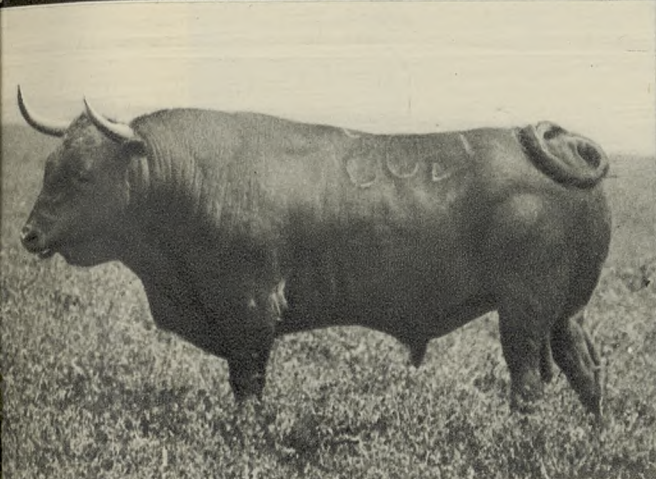
11 Avanza la conducción del toro.



12 El toro entra en el encerradero.



8 Ha cumplido el novillo los tres años...
El bruto ha entrado ya en la madurez.



10 Bella perspectiva de un cortijo andaluz con su placita de tienta.

levantarse, cambian sus papeles la pareja de caballistas acosadores, pasando a acosar el protector y a proteger el que primero acosaba. Reitérase la faena hasta que, por cansancio, el torillo se planta, hace alto en su carrera y se pone en actitud de reto frente a los que le persiguen y acucian. A continuación entra en juego el tentador, y el animal evidencia sus calidades de casta, valentía y aguante en los puyazos que recibe y en cómo los recibe, así como en la distancia desde la cual embiste contra el nuevo jinete que le tantea y le cita para el bravo encuentro, que un autor notable en las letras tauromacas ha llamado «lid de depuración de reses bravas». Cada becerro da un balance distinto en el acoso. A unos cuesta trabajo hacerles salir del rodeo, por revolverse buscando el amparo de los cabestros, mientras otros, desde el primer instante emprenden la correría; si los hay que derrotan contra los jinetes desmontados en cuanto éstos intentan erguirse, también los hay que se encaran con presteza y rápido gesto desafiador al verse cercanamente perseguidos.

Cumple el bicho los tres años. Ya tenemos un «utrero» hecho y derecho, para quien todos los cuidados y atenciones nunca se consideran bastantes. Está en la plenitud de su edad juvenil. A veces posee la estampa de «todo un señor toro», por su trapío y gravedad, aunque realmente es sólo un novillito pletórico, de buen peso, seriamente joven, al que han dado cuajada contextura, en no pequeña parte, la selección y la abundancia nutritivas, harto onerosas para el criador y de las que los ganaderos españoles pueden frecuentemente ufanarse, ya que en este aspecto de probidad, desvelos y sacrificios por sus reses tienen amplísimo ejemplario.

El paso de utrero a cuatreño, como decimos, está lleno de afanes y cuidados, y al alcanzar la edad del segundo o al borde de ella, abandona el astado la serenidad y placidez del soto

verdeante, la compañía de los árboles centenarios, de los arbustos humildes; la plenitud y los crepúsculos de la dehesa o del cortijo, para ser transportado hacia donde se le destine, bien a cumplir un juego como novillo o a esperar su lucha con un espada maestro. Puede hacerse célebre por la desgracia o por la bravura, por la nobleza o por la efeméride de su lidia. En sus astas y en su poder, en sus calidades y defectos está el arcano de su porvenir, la tragedia siempre cierta de su final.

Como hemos visto, de los tres a los cuatro años se prodigan esmeradamente los criadores en su solicitud hacia las reses, pues el floreo de pastos y la sobrealimentación a base de granos y salvados determinan para el cornúpeta sus condiciones de saca. O sea que se le refina y encarna con escrupulosidad para la brillante y luctuosa hora de su óbito, entre las voces cálidas de un graderío entusiasta, violento o apasionado.

El noble animal ha entrado en el inicio de su madurez. Ha cumplido los cuatro años. Vive como un gran señor de la campiña. Hoy, en este prado, floreando la hierba primaveral; mañana, en aquel cerrado rebosante de heno fresco; el pienso a discreción y sesteando tranquilamente a la sombra del fresno o de la encina. Con pausado y mayestático movimiento va el toro de aquí para allá; ventea el aire elevando la rizada testa, de la que destacan, punzantes, poderosas, y erguidas, sus astas; muge lastimero o desafiador, en son de celo o en quemazón de lucha, recortando su fabulosa figura sobre el magno escenario de la naturaleza.

Y llega el momento decisivo. Apunta la hora del alba cuando empiezan a advertirse en el campo idas y venidas de la gente vaquera, a las órdenes directoras del mayoral. Ya se hizo la selección días antes, escogiendo y estudiando la prestancia de las reses, con parloteos sobre su mayor o menor trapío, sobre su buena o regular estampa. Todo ello frente a la curiosa y



13 El toro pasa de trampa en trampa.



14 El toro queda prisionero en la jaula.



limpia mirada de los toros, que luego se vuelven indiferentes hacia aquel rodeo que es el preliminar de su gloria y de su sacrificio.

Se oyen sobre la anchura verde de la dehesa, como redoblar de broncos oros, las campanillas y cencerros cabestriles, a los que se funden el galopar de los caballos y las voces del personal que cumple su misión. Estos ruidos son el preludio con que los dirigentes y auxiliares vaqueros se mueven para sacar una corrida con destino a ser lidiada. Los toros han de ser previamente conducidos al encerradero más cercano, cuando no le hay en la propia finca. Una vez hecho el apartado de aquéllos, a los que «arropan» —tal es la palabra de uso acostumbrado— el conjunto de cabestros o bueyes de tropa, con el jinete mayoral al frente, al que dan guarda y respeto los mansos denominados de estribo y cola, la conducción se abre camino. El momento de la marcha tiene una belleza máxima, con hondo aroma de campo y remoto trazo épico. Parece como si asistiéramos a una resurrección de alborada ancestral. Allá va, tras el caballero que rompe ruta, la noble piara junto a la protección paternalmente mansurróna, vigiladas por otros jinetes a los que acompañan y siguen algunos hombres a pie. Cortejo lento, de voces, cencerros, restallar de hondas, a través de las irregularidades y malezas del camino. Cuando la vista del jinete de cabeza advierte la manga, acucia a su caballo y emprende el galope. Todo el conjunto aprieta la marcha, cuidando los de a pie que los toros no se desmanden ni desvíen, lo que logran formándose en ala a ambos lados, con castigo y advertencia de voces y lanzamiento de piedras. La carrera se torna rápida, vertiginosa casi, hasta embocar el ganado por la puerta del ancho corralón.

Después va el toro de trampa en trampa, de engaño en engaño. Pasa de uno a otro carralillo, artimaña comunicante, hasta que se mete por la abertura del cajón, cuya trampilla se cierra de arriba abajo al colarse la res. Ya está el animal encajonado. Ya se le puede transportar hasta la plaza donde le espera la muerte, tras ofrecerle una corta apariencia de liberación.

Y ahora, en la arena del coso, burlado por la destreza de los lidiadores, sufrirá las suertes que entusiasman al concurso.

¡El toro de lidia! Bravo, noble y primer personaje de esta fiesta llena de color, bajo el azul del cielo, entre aclamaciones de una muchedumbre que enciende su entusiasmo con la llama secular de los soles hispánicos. ¡El toro de lidia! ¿Saben las gentes que celebran sus sacrificios o que cuesta ponerlo en sazón de lucha con el arrojado artista ante el que sucumbe?

Creemos que con esta explicación de las fases porque atraviesa el toro bravo —trayectoria de nacimiento, crianza, plenitud y muerte— no es difícil comprender lo que significa para un ganadero de estirpe, como es el español, el logro de sus reses.

ALBERTO VERA «AREVA»

(Fotos del autor, Baldomero, Rodero, Gelán, Cano y Oliveira).



Una certera estocada ha hecho que el toro, jadeante y vencido, caiga mortalmente herido.